

Mahón 10 Marzo 1905

EL PORVEJIR DEL OBRERO

Los beneficios del orden

Se nos acusa de enemigos del orden, de rebeldes contra la autoridad.

Grave acusación fuera esta, si viviendo en el mejor de los mundos posibles, la autoridad y el orden produjesen la felicidad y, en cambio, de la perturbación del orden y de la desobediencia á la autoridad resultasen grandes males.

Pero en realidad sucede todo lo contrario.

Reinaba en Rusia el orden y era omnipotente la autoridad del Czar que enviaba cientos de miles de hombres á los horrores de la guerra, á morir de hambre y de frío, destrozados por la metralla, acuchillados bárbaramente, en el furor ciego de la lucha, ó en la sorpresa de la emboscada. El telégrafo se ha cansado de transmitir relatos inconcebibles que conmueven de piedad y de espanto.

Son las consecuencias del orden y del respeto á la autoridad.

Lo mismo puede decirse de los japoneses. Su emperador, ó Mikado, es dueño absoluto, se le respeta, se obedece su autoridad; en los súbditos no se ha desarrollado el espíritu de rebeldía. Por esto les desprecia y les envía á la muerte para satisfacer sus imperiales ambiciones y las de sus magnates que comparten su autoridad y le ayudan á mantener el orden.

También aquí obedecemos á la autoridad y no nos atrevimos á perturbar el orden cuando las guerras coloniales; y el resultado fué que murieron en Cuba y Filipinas doscientos mil españoles, después de haber arrostrado todos los sufrimientos físicos y morales. Los que volvieron, sin gloria, vencidos y humillados, han ido muriendo poco á poco en el olvido y la miseria. ¿Cuántos quedan de aquellos jóvenes robustos que no se atrevieron á perturbar el orden y marcharon á la guerra obedientes á la autoridad de los gobiernos españoles?

Los hechos se repiten siempre. Todos los gobiernos son iguales. La autoridad es siempre la misma. El orden produce estos resultados.

En todas las naciones, los pueblos son llevados á las carnicerías más horrendas, los jóvenes hallan la muerte, los padres se quedan sin hijos y los hijos sin padres. Las madres y las esposas lloran su soledad y su abandono. El orden reina. La autoridad es respetada.

Sin embargo, alguna vez los pueblos sienten veleidades de rebeldía. Los hombres se preguntan por qué han de morir como rebaños y en las mujeres habla el instinto que no suele faltar en las hembras de los animales. Entonces la sociedad actual tiembla en sus cimientos. El orden está amenazado. La autoridad peligra.

Ejemplo dió el pueblo de Italia cuando las derrotas de Abisinia. Quería el gobierno continuar enviando jóvenes italianos á morir bajo los ardores del sol de Africa, igual que los españoles murieron en los climas abrasadores de Cuba y de Filipinas. Pero las madres italianas carecían del amor al orden y del respeto á la autoridad. Se amotinaron, promovieron disturbios, alentaron á sus hijos á la rebelión, y ellas mismas, obedeciendo al instinto de la leona que defiende sus cachorros, se abalanzaron sobre los trenes que debían conducir á los soldados, levantaron los rails y obligaron al gobierno á buscar la paz. La autoridad y el orden sufrieron un descalabro, pero las vidas de muchos miles de jóvenes fueron salvadas por aquel acto de rebeldía.

Ahora el caso se está repitiendo en Rusia.

El Czar y sus cómplices en despotismo se han empeñado en una guerra feroz. Han declarado que no transigirán, que no aceptarán la paz sino después de aniquilar al enemigo. Las mismas declaraciones han hecho los japoneses. El término de la guerra sólo se vislumbra, pues, cuando montones de cadáveres cubran todo el oriente de Asia, cuando la ruína de ambas naciones haya llevado el hambre á todos los hogares pobres, cuando los horrores actuales se hayan multiplicado hasta el infinito. Lo que en un vanidoso estadista español fué necia balandronada, en los gobiernos de Rusia y Japón pudiera convertirse en realidad: pudieran llevar su locura «hasta sacrificar el último hombre y la última peseta».

Pero si los españoles, ignorantes y débiles, aplaudieron con bárbara inconsciencia las palabras de aquel funesto político y fueron á padecer y á morir sin provecho y sin gloria, los rusos no parece que se hallen dispuestos á dejarse sacrificar inútilmente en aras de las ambiciones de sus verdugos. No quieren morir asesinados por conquistar la posesión de unos territorios que al Czar darían gloria y á los empleados del imperio honores y riquezas, pero que al pueblo ruso no le compensarían de ningún modo la sangre derramada ni los dolores sufridos. Preferirían morir combatiendo contra el tirano odioso que les maltrata, que les azota, que les niega la libertad y la dignidad.

Así ha comenzado la gloriosa revolución que acabará con el poderío despótico de los Czares.

El primer fruto del movimiento revolucionario ha sido la esperanza de la paz.

Ya no se pronuncian aquellas bravatas de combatir hasta el exterminio, de guerrear hasta el agotamiento. Toda la prensa europea trata de la paz más ó menos próxima como consecuencia de la alteración del orden, de la rebelión contra la autoridad en todas las provincias rusas.

La autoridad condujo el pueblo ruso á las matanzas de la guerra; la rebeldía tendrá como primera consecuencia la paz. ¿No es ésta una lección que deben aprender, un ejemplo que habrán de imitar en lo futuro todos los pueblos?

He aquí por qué somos enemigos de la autoridad que promueve las guerras y del orden que mantiene á los pueblos sin libertad y sin pan. Tienen razón los que nos llaman rebeldes.

JUAN CUALQUIERA

Los siervos de la gleba

Hay que ver en cualquier parte de Andalucía lo que es la vida del obrero. Cuando yo he dicho á algunos de mi pueblo que en Madrid ganan muchos trabajadores jornales de tres, cuatro y hasta cinco pesetas, no han podido contener su asombro... Tres, cuatro, cinco pesetas, ¿quién las gana allí nunca? Dos, tres, cuatro reales y medio—cuando el trabajo no falta y jamás abunda—es el precio corriente del jornal.

El propietario de la finca satisface el salario sin añadir nada más; sólo en algunos cortijos, disminuyendo naturalmente el importe del salario, recibe el trabajador comida, compuesta, por la mañana, de migas, á la tarde, de gazpacho y por la noche de patatas sin mezcla alguna de carne... ¡Carne! Es artículo tan de lujo que anda allí por los cielos... ¡Vino! En la tierra que tan rico y abundante lo produce, jamás, durante las comidas de los días de trabajo, remoja la boca y fortalece la sangre del obrero... ¡El gazpacho! ¡Siempre el gazpacho! Por la mañana, al llegar al sitio de la faena; á las doce del día, como pretexto de la segunda cigarrada; por la noche como refresco, encima del potaje de semillas... Y como entremés unas veces, y como plato de resistencia otras, aceite con ajo y sal, sacado á pulso del hornillo y empapado en los mendrugos sobrantes...

Para dar la peonada, el trabajador que vive en el pueblo, sale de éste con el día. Antes de comenzar á golpear con el azadón la tierra, ya lleva una buena legua dentro del cuerpo. Cuando vuelve á su casa, otra legua de camino, y encima de aquella máquina raquítica y descoyuntada; doce horas de subir y bajar el sudoroso tronco, de murmurar con salvaje gemido ¡jun! ¡jun! mientras el hierro cae pesadamente á sus pies, lanzando herido por el sol sus reflejos de victoria.

¡Qué contraste en aquel cielo y aquellas tristezas! La leyenda de aquella vegetación, el cuadro de las alegrías andaluzas hay que ponerlos al lado de la vivienda sombría del obrero.

Para vivir se aprovecha todo, la choza de retama, la cueva cavada en la piedra, hasta el peñón informe dejado en una llanura por algún inmemorial al movimiento geológico. Aún en mi pueblo está habitada una mole suelta que, á causa de su forma, es llamada popularmente «la mitra». Aquella mole es nada menos que una casa; algún desesperado logró ahuecarla en fuerzas de fuerzas; desde entonces dá albergue á unos cuantos seres humanos.

El peñón compasivo y hospitalario figura

en el Registro de la propiedad, en las listas de la contribución, en la estadística de las calles, se alquila á veces y se trasmite por testamento. La *mitra* es simple detalle de un vasto plan de urbanización. Dos barrios halláanse materialmente tallados en roca viva.

En los días de huelga forzosa, el trabajador toma su espiocha, elige sitio y comienza á picar. A los dos ó tres meses tiene casa, es propietario. A los dos ó tres años sucumbe en ella con toda su familia. No hay más luz, no hay más sol ni más aire que los que entran por la raquílica puerta.

En la habitación única se vive, se duerme y se guisa.

El humo de las taramas secas y de la paja quemada borra por completo el fondo de la caverna.

—Pero, ¿puede vivir esta genta así mucho tiempo?—preguntábale yo á un médico.

—Imagínese usted... Un constipado, la enfermedad más leve, acaba en ellos por ser mortal. Fíjese usted en el color terroso de los rostros, en las largas ojeras de las mujeres, en los pechos hundidos, en la escrófula y en las deformidades que presentan casi como rasgos comunes, los hijos de esta gente. La tisis en estos antros no tiene espera. La convalecencia de otra cualquiera enfermedad es anuncio de nueva é irremediable caída. El organismo, de antiguo arruinado, no resiste la lucha con la humedad y el humo, con el calor y el frío, y las mil formas de la privación y el abandono. Mientras el padre está en el campo y la madre en el río, los muchachos recogen estiércol por los caminos. Al cerrarse de noche la puerta de la cueva, la miseria fisiológica y la miseria de las cosas y de la atmósfera se combinan y confunden con terrible fermentación.

Algunas mañanas veía yo desde el balcón de mi casa á los trabajadores y manijeros. Forman imponente masa, de la cual no salía más que un rumor espeso, pero tranquilo. Se adivinaba el cansancio, el desfallecimiento de aquellos hombres. Acá y allá jóvenes de veinticinco y treinta años, con los rostros apergaminados, huesosos; los ojos tristes y sin brillo; deformadas las bocas, y los cuerpos desgarrados y entecos, acusando los rasgos de una raza en plena degeneración.

Tenía aquello algo de los mercados de esclavos en Marruecos. De pronto, las conversaciones se cortaban; el vago rumor se suspendía. Era que acababa de llegar alguien para ofrecer peones...—¿á cuánto?— Á dos reales y medio.—A cuatro iría yo.—A tres los últimos... Hoy no seremos muchos los que vengamos á buscaros.—La plaza iba quedando con algunos claros... Daban las siete, las ocho, nada. La profecía era cierta. Pocos manijeros y aperadores llegaban. Las nueve... ¡Nadie! Poco á poco iban desapareciendo los obreros por calles diferentes. La tristeza de sus caras se distinguía de lejos. No había peón, otra vez la trampa, el hambre, el pordioseo. Los últimos rezagados se apoyaban con abandono moruno en las paredes...—¿Qué hacéis por aquí todavía? preguntábales al pasar á caballo algún propietario que iba á su finca.—Ya usted vé, nada.—Vaya, cómo se conoce que sois ricos... Y la gracia, reíanla los mismos trabajadores.

JULIO BURELL

Hay obreros que pretenden disfrazar el vicio de la embriaguez con la teoría de que durante ese estado anormal no sufren viendo las desdichas domésticas. Llamadles infames y cobardes: infames, porque con semejante conducta disminuyen el presupuesto de la familia y aumentan el martirio de sus compañeras y de sus hijos; cobardes, porque en vez de combatir contra el régimen imperante se rebajan hasta el nivel de los irracionales, renunciando á toda lucha.

Cretinópolis

Un jardín público, en el centro una gran jaula con fuertes y apretados barrotes. En la jaula, algunos hombres y unas cuantas, pocas, mujeres, de cara melancólica, vestidos simple y pobremente. Alrededor de la jaula se pasean libremente monos en forma de buenos burgueses, bien vestidos, fumando y charlando; algunos leen la Patrie ó Petit Journal. Diseminados por la sala se pasean unas macacas ridículamente emperifolladas; otras macacas, de cuya cabeza penden cintas multicolores, conducen, vigilan ó llevan en brazos á monos pequeños. La acción pasa en Cretinópolis.

Un macaco barrigudo, con lentes de oro, dirigiéndose á su hijo que tiene asido del brazo.—Fíjate bien, Toto; es la hora de dar la comida á las bestias feroces. Ya verás que malas son.

El joven macaco.—Pues si tan malas son, ¿por qué no se las deja morir de hambre en lugar de alimentarlas?

El macaco, con orgullo paternal.—¡Sublime pensamiento, muy digno del cerebro de un cuadrumano! Realmente, ya que nuestra especie es la reina de la naturaleza—creada á imagen y semejanza de Dios, no lo olvides nunca, Toto—tiene un derecho indiscutible de vida y muerte sobre todas las demás. No obstante, por feos, estúpidos y feroces que sean estos animales, su existencia nos es útil: nosotros les hacemos trabajar.

Un viejo chimpancé, mezclándose familiarmente en la conversación.—Solamente doce horas diarias. ¿No opináis, querido congener, que es muy poco?

El macaco.—Seguramente, (Pavoneándose). El ideal sería hacerles trabajar veinticinco horas diarias, cosa realizable y hasta fácil, según mi parecer, pues bastaría hacerles principiar la tarea una hora antes de comenzar el día.

El chimpancé.—¿Y cuando descansarían?

El macaco, con resolución.—¡Nunca!

El chimpancé.—¡Concepción admirable y simple á la vez! ¿Me permitís transmitirla á los lectores de la Patrie?

El macaco, extrañado.—¡De la Patrie!..., ciertamente... ¿á quién tengo, pues, el honor de hablar?

El chimpancé, sonriente.—A Francisco Coppée.

El macaco, entusiasmado.—¡A Francisco Coppée! (á su hijo) ¡Toto! ¿Ves este gran señor que está delante de tí y de cuyo pecho salen sonidos armoniosos de clarinete constipado?... Es Francisco Coppée. No lo olvides nunca, y que este mono recuerde el día más feliz de tu vida!... ¡Francisco Coppée! (Se rasca el femur, con emoción).

Un hombre, dirigiéndose á sus compañeros de prisión.—Y sin embargo, son nuestros primos hermanos, la viviente imagen de nuestros groseros antepasados!

Segundo prisionero.—Y actualmente nuestros amos. Nosotros pensamos, nosotros creamos; los más fuertes de entre ellos se apoderan de todo y todo lo gozan sin comprenderlo; otros aplauden. (Amargamente). ¡Y vamos proclamando la soberanía de la razón sobre el instinto!

Tercer prisionero.—No pasará siempre lo mismo. Ellos mismos, estos grotescos monstruos, que nos dominan porque son y representan la multitud inmensa y porque nosotros aun no somos más que unos pocos de la especie pensante, constituyen, sin embargo, un progreso sobre sus antepasados, que á la vez lo son de nosotros.

Mujer prisionera.—Lo dudo. Observad, si no, á esta joven macaca haciendo monadas á aquel babuino vestido con sotana.

Primer prisionero.—¿Qué son ellos, qué somos nosotros, sino simples átomos—raciocinando y sufriendo, es verdad—en la marcha universal de los seres y de las cosas? Siempre, en todas partes, se cumple la incesante transformación. Más tarde, dentro algunos millones de años, la tierra y sus ha-

bitantes pasarán por su evolución regresiva. Será la vejez, el declinamiento; después, la muerte, esperando la resurrección en nuevas formas de vida en el infinito del tiempo y del espacio. Pero por el momento, todo demuestra que aun estamos en la juventud del globo, en la evolución en sentido progresivo.

Toto, acercándose á la jaula y tratando de comprender.—¿Qué dicen?

El macaco.—¿Lo sé yo? palabras.

Toto.—Sin embargo, ¿los hombres no tienen la misma lengua que nosotros?

El macaco.—Sí, pero no tienen los mismos pensamientos. Aun son animales.

Tercer prisionero, dirigiéndose á los monos.—¡Si á lo menos fuérais capaces de comprender! Tenéis un cerebro... vamos á ver, ¿no podríais meter algo dentro? (Los monos sueltan una gran risotada. Un cinocéfalo busca piojos en su barba y muy amablemente los ofrece á Francisco Coppée).

El chimpancé.—Gracias, señor Marc; pero no los gasto. La salud me lo prohíbe. (Se aleja tosiendo).

Segundo prisionero.—No hay modo de discutir con estos brutos.

Una macaca, á la de su lado.—¿Ha visto usted el vestido que la señora Monkey llevó en el baile la otra noche? Tres hileras de perlas azules sobre fondo encarnado.

Segunda macaca.—¡Y las plumas de su sombrero! No puede usted amiga mía, formarse una idea.

(Un titi pasa, dando saltitos, vestido de teniente de húsares).

Voces de monos y sobre todo de macacas.—¡Viva el ejército!

El babuino ensotonado.—¡Dominus vobiscum! (Muchos monos y macacas se persignan).

Primera prisionera.—Tener hijos, alimentarles, amarles, para luego tener que dejarles á la discreción de estos brutos... que les harán esclavos, carne de trabajo, carne de cañón si son hijos, carne de lupanar, si son mujeres...

Tercer prisionero.—¿Qué quieres hacerle hermana? Tenemos sobre estos brutos el privilegio de la razón. Lo pagamos á costa de sufrir doble. Consolémonos, viviendo con el cerebro y con el corazón una vida ideal.

Primera prisionera.—Siempre el sueño dorado...

Tercer prisionero.—¿Lo crees así? La evolución del feto, pasando de nueve meses por todas las formas animales, ¿no nos recuerda la inmensa serie de transformaciones físicas y morales cumplidas por nuestra especie? ¿El camino recorrido en el pasado no señala el que se extiende para el porvenir hasta más allá de todas nuestras conjeturas? Cuando Nietzsche evocó para el futuro la aparición del Superhombre, ¿acaso hacía otra cosa que denunciar en términos soberbios una conclusión que todos los que piensan habían ya formulado?

Un orangután, de figura casi humana, vestido de obrero.—¡Es extraño!... me parece que comprendo algo...

Los demás monos, indignados.—Este dice que comprende, éste nos deshonra, es un falso mono...

El babuino, con severidad.—No es un mono, es un hombre.

Voces de monos.—Encerrémosle, pues. (Cogen al orangután que forcejea inútilmente. Un guardián abre la puerta de la jaula y arroja dentro al mono demasiado humano).

El cinocéfalo.—Indulgencia peligrosa, hermanos míos. ¿Creéis que no sería mejor una buena hoguera?... (Se interrumpe para rasarse. En la jaula los prisioneros examinan, con cierta desconfianza, al nuevo compañero.)

Primer prisionero.—¿Estás seguro de ser un hombre?

El orangután.—No lo sé de cierto; á veces me parece que sí, á veces no.

Primera prisionera.—Pero, por lo menos, ¿quisieras serlo?

El orangután.—Sí, quisiera poder pensar como vosotros, pero á condición de ser libre.

Segundo prisionero.—Esto es lo que buscamos.

El orangután.—¿Y no habéis hallado el medio? ¿De qué os sirve, vuestra superior inteligencia?

Cuarto prisionero (descorazonado).—Somos demasiado pocos.

El orangután.—¡Pocos! Pero si hay una inmensa multitud de monos que sólo desean convertirse en hombres. Escuchadme, por ignorante que sea, yo os diré el medio... (Habla bajo á la oreja de los cautivos).

El babuino (á Toto).—Respóndeme amigo, ¿cuántos dioses hay?

Toto.—No lo sé, señor cura.

El babuino.—¿Cómo no lo sabes! A ver canta conmigo el Padre...

Toto.—¡Ah! sí, el Padre... Uno. (Durante este tiempo los guardianes que llevan la comida de los hombres abren la puerta de la jaula; las mujeres les agasajan, los hombres se acercan insensiblemente y les rodean.

El babuino.—¿Y después?... El Hijo.

Toto.—El Hijo... dos.

El babuino (impaciente).—Bueno, ¿y después?

Toto (tímidamente).—Después... el nieto.

El babuino (enfadado).—No es eso; después el Espíritu Santo.

Toto.—¡Ah! sí, el Espíritu Santo. Pues bien, son tres dioses.

El babuino (encolerizado).—Pero no, desgraciado. Los tres hacen uno. ¿Pero es que tú quieres también convertirte en hombre? ¡Cuidado con ello!

(Los prisioneros se precipitan sobre sus guardianes, les arrancan las llaves y se escapan.)

Voces de monos (llenos de terror).—¡Los hombres se escapan!

El titi (teniente de húsares, arrojando el sable).—¡Sálvese el que pueda!

El babuino (huyendo).—Esto es el fin de Cretinópolis.

CARLOS MALATO

Peor que los animales

Es muy singular la «civilización» de que las gentes blasonan y se envenenan á menudo. Los hombres que presumen de «civilizados» no saben vivir unidos sino instituyendo sobre ellos un fetiche armado, á que llaman rey, presidente, autoridad, soberano, el cual les manda á su talante y les obliga á la sujeción y á la obediencia por la razón del látigo. No importa que ese «superior» sea un niño, un mentecato, un ignorante, un incapaz cualquiera; es «superior», y con eso basta. Su puesto lo mismo puede ocuparlo un individuo inteligente y discreto, que un tonto, que un madero (una imagen, como sucede en las reuniones y locales públicos, Ayuntamientos, Audiencias, Parlamento, Escuelas, etc.), porque á quien se obedece y acata no es realmente á él, sino á lo que representa, al «principio de autoridad», uno de los elementos esenciales, según se dice, de toda vida social. Los que encarnan este «principio» pueden disponer lo que bien les plazca, en la seguridad de que, sólo por venir la orden de quien viene, ha de ser respetada y cumplida, so pena de incurrir el rebelde en el enojo y las iras del superior, quien puede impunemente apremiarle, atormentarle, hasta darle muerte.

¿Y á dónde iríamos á parar si no sucediera así? ¿Qué ocurriría si los hombres no tuvieran sobre sí un poder que les meta en caja y les tenga á raya, nn poder cualquiera, necio ó prudente, bueno ó malvado, listo ó torpe, con tal de que sea poder?

Quienes discurren de la manera mencionada no son capaces de representarse la vida social sino como es actualmente, y es probable que tampoco fueran aptos para vivir como deben vivir los hombres si desapareciera de encima de ellos el fetiche que maneja el látigo.

Pero vivir bajo el imperio de la autoridad no es vivir humanamente, es vivir brutalmente, peor que brutalmente. Los brutos se someten por la fuerza á la voluntad del que se impone á ellos (sea un hombre, sea otro animal) cuando no tiene otro remedio que someterse, pero en el momento que se les presenta ocasión favorable, escapan y recobran su libertad. Los hombres, por el contrario, se constituyen voluntariamente los unos en esclavos de los otros, y los esclavizados suelen ser los mejores auxiliares y defensores de quien les esclaviza, de las autoridades, á las que, para tenerlas contentas y propicias, adoran y adulan indignamente (besamanos, recepciones, presentación de respetos, servilismo de mil géneros). Los animales no hacen esto sino rara vez, y acaso sería mejor decir jamás. De otro lado, los brutos viven muy á menudo sin autoridades ni jefes; y viven bien; y no se matan ni hacen daño unos á otros, como se dice acontecería entre los hombres á falta de la autoridad.

¿Qué honor tan grande para los hombres «civilizados» no saber elevarse á la altura de las bestias, ser incapaces de vivir siquiera en el grado de racionalidad que éstas viven!

P. DORADO

Al pueblo ruso

¡Ciudadanos de la Rusia oprimida! El momento de nuestra liberación ha llegado; si ahora somos hombres, mañana seremos libres. ¡A la revolución armada, pues, ciudadanos de la Rusia esclavizada! ¡A la revolución armada, por nuestros hijos y por nuestros padres, constantemente amenazados de morir hambrientos ó en manos de los esbirros del tirano! ¡No más súplicas! Ya veis como se contesta á ellas. El que creéis nuestro Dios y nuestro Señor, es un verdugo, parias rusos; un verdugo que encarcela y martiriza á los que, por su saber, más honran la raza eslava.

Los horribles presidios siberianos están llenos de sabios; las inmundas cárceles del imperio rebosan de abnegados. ¡Todos reclamaron por todos; justo es que nosotros reclamemos por ellos!

Los que cayeron destrozados por el mauser, piden venganza; libertad esperan los que la perdieron en defensa de la liberación del pueblo ruso.

¡Ciudadanos de la Rusia explotada y oprimida por la autocracia parásita y sanguinaria: no hagáis caso á los que os propagan mansedumbre y resignación!

Ellos son, también, enemigos nuestros. Contra la fuerza es fatalmente indispensable el empleo de la fuerza.

A los mausers organizados y disciplinados, las bombas individualistas. Si así lo hacemos, cada uno valdrá por mil.

La razón está de nuestra parte; el número lo está también; para vencer no falta más que decisión.

¡Que los campesinos se declaren dueños de las tierras que cultivan! ¡Que los obreros se apropien las fábricas y los medios de producción! ¡Que en nombre del trabajo y de la justicia el productor disponga libremente de lo que produce! ¡Que en nombre de la solidaridad se declaren hermanos todos los esclavos!

¡No más guerra, no más tiranía, no más señor de Rusia, no más víctimas en la horca, en la Siberia, en la cárcel y en el destie-

rrro! ¡Que reine para siempre la libertad y el amor!

¡Ciudadanos rusos, haceos cargo de la situación! ¡En la Manchuria, el ejército se subleva y se muere de hambre! ¡En Finlandia, Polonia, Georgia, Laponia y en la Armenia rusa la revolución ha triunfado! ¡En la Siberia los revolucionarios son dueños de las principales capitales! ¡En el Mediodía, desde Varsovia á Tiflis, hasta la región de Troula, los campesinos se han apoderado de las tierras que fueron de sus señores, y los artesanos de los talleres que otros explotaban! ¡En varios puntos el brazo de la justicia popular ha ejecutado á los verdugos del pueblo! ¡En no pocas poblaciones funciona ya la organización del trabajo! ¡Si ahora no tenemos valor para ser hombres libres, nunca lo seremos!

¡Ciudadanos de la Santa Rusia: por las víctimas de nuestros tiranos, por los crímenes que hemos de vengar; por la justicia que hemos de establecer, dejad las herramientas del trabajo, signo de vuestra esclavitud, y tomad las armas que os han de redimir, esgrimiéndolas contra los tiranos!

¡Justicia y revolución!

EL COMITÉ DE ACCIÓN RUSO

El día 14 de Febrero en un pueblo ruso.

La poesía se va

Ayer de madrugada, al salir de los talleres sombríos y enrarecidos, ávido de respirar aire puro y de bañarme en auras tibias para aliviar mis pulmones desvencijados como fuelle roto de vieja fragua, me encaminé lentamente hácia el Retiro, hácia nuestro jardín... Penosamente, con los ojos deslumbrados ante el amanecer espléndido, fui subiendo hasta llegar á la verja; entré, y suave frescor mitigó mi cansancio; y la brisa, sutilmente impregnada de aromas campesinos, renovó las agotadas energías de mi cuerpo.

Me interné en la enramada, y á riesgo de incurrir en el enojo de los adustos guardas, penetré en un cuadro de flores y de plantas, que me ocultaban por completo, levantando sobre mi cabeza su bóveda florida. Una cascada de sonoras risas, tintineando como campanillas de oro, llegó á mis oídos; encogí mi cuerpo para mirar al través de las tupidas hojas, y ví á pocos pasos, sobre la verde yerba, un grupo de muchachas, en confusa rueda, vestidas con vaporosas telas, coronadas con guedejas rubias, negras y trigueñas, que flotaban al viento. Eran modistas que celebraban su domingo en las clásicas mañanas del Retiro.—Una de ellas, tumbada como una bacante, medio oculta bajo una sombrilla roja abierta, que la iluminaba con fantásticos reflejos, reía locamente, estremeciéndose nerviosa.

Los recuerdos de toda mi juventud, la juventud de una generación más agitada, más impetuosa que la presente, se agolparon en mi cerebro llenándome en un instante de nostalgias alegres, de añoranzas armónicas, vislumbradas en rápida visión. Me dejé caer de espaldas junto al macizo de lilas y madreselvas; y cerrando los ojos para concentrar más mi atención, me dispuse á escuchar la confesión de amores de aquellas niñas adorables... Una voz dulce, muy aguda, infantil, resonó de pronto en mi corazón angustiado. Era su misma voz, la vocécita de aquella pobre virgen muerta, que tanto me amó y á quien yo esperaba también todos los domingos, cuando yo era estudiante, para ir juntos al Retiro, á la hora de la misa de alba, junto á las escalerillas de aquella vieja iglesia de San Antonio, que ya no existe... Me incorporé y miré: también tenía, como *aquella*, la cabecita rubia, muy

rojos los labios, azules los ojos; también tenía los deditos de sus pobres manos, «hechos para acariciar niños y para deshojar rosas», ennegrecidos por los pinchazos de la cruel aguja. Pobres manos, blancas y transparentes como las de una muerta.

No quise mirar más. Volví a cerrar los ojos y escuché, recreándome con bárbaro deleite en renovar mi dolorosa evocación. Al principio, no entendí lo que hablaban de aquella jerga, formada con palabras retumbantes y odiosas...—Pero, ¡qué dicen esas criaturas?—Puse atención mayor; «La solidaridad inquebrantable... El salario regulador... Las odiosas exigencias del patrono... Es preciso asociarnos... Es preciso defender nuestros derechos, que son los del proletariado...»

Me levanté rápidamente. Miré al cielo, y sólo ví la bóveda verdosa de los árboles: y pisoteando las rosas y las adelfas, huí corriendo de aquel lugar maldito, en donde en un tremendo instante se había desvanecido toda la resurrección de mi juventud...

¡Ay, Dios mío! Pero esos ángeles, ¿de qué hablan? ¿De solidaridad fuerte, de asociación contra el capital? Sí; no hay duda...

En mis tiempos, en la umbría de estas alamedas, sólo se oía el arrullo de las tórtolas, el rumor de los besos y el tintineo de las carcajadas sonoras como campanillitas místicas de oro... También eso pasó... La poesía se va...

LUIS PARIS

Las subsistencias

En casi todas las poblaciones de España vienen desde hace meses celebrándose mítines y escribiéndose solicitudes al Gobierno y autoridades para que *concedan* el abaratamiento de los artículos de primera necesidad para la vida del obrero.

No hay para qué decir que todo ese trabajo resulta inútil.

El Gobierno y las autoridades oyen las súplicas del pueblo como quien oye llover. No hacen ningún caso, porque maldito lo que les importa á los gobernantes que el pueblo viva mejor ó peor.

Los señores ministros y gobernadores, eso sí, reciben con muchos cumplidos á las comisiones obreras, les dirigen palabras halagüeñas, les prometen el oro y el moro; los visitantes «quedan encantados» de la amabilidad del señor gobernador y del señor ministro; pero estos nada hacen para resolver el problema de las subsistencias. Las dificultades continúan en casa del pobre y los gobernantes se alaban de que los trabajadores han humillado la cerviz.

Hay que desengañarse; por el camino de las súplicas y humillaciones no se consigue cosa de provecho. Si los poderosos tuviesen buena voluntad y compasión de las miserias del pobre, hace mucho tiempo que hubieran puesto remedio, puesto que el mal no es de ayer, sino muy viejo, y las súplicas no han merecido nunca sino el desprecio con que el orgulloso insulta al mendigo.

Cuando los obreros reclaman con ira algún derecho, es costumbre que los poderosos digan que lo concederían si se les pidiese *en buena forma*. Pues ahora podemos ver la mentira que encierra esta fingida generosidad; ahora se pide *en buena forma*, y ¿qué se concede? Nada; otras *buenas formas* para contestar, y el desprecio en el fondo.

¿No es hora ya de que todos los obreros vean que sus propios asuntos, los que afectan á su bienestar y su vida, no se los arreglará nadie, y que es inútil pedir y suplicar, si no saben ellos mismos arreglarlos conforme á su derecho y justicia? Fiando en gobernantes en políticos, en redentores, el pueblo pierde el tiempo. Sólo por medio de la acción directa de cada uno y de los compañeros de trabajo unidos por la solidaridad se podrá conquistar *el pan de cada día*.

Pero si los trabajadores no saben unirse y obrar por su propia cuenta, no sólo no conseguirán nada, sino que cada día estarán peor.

Rusia

La revolución continúa, y se reproducen casi diariamente los combates entre las fuerzas del gobierno y el pueblo insurreccionado.

En algunas provincias, según se dice en el manifiesto que publicamos en otro lugar y que es una de tantas hojas clandestinas que se reparten profusamente en toda la Rusia, parece que los trabajadores se apoderan de los talleres y los campesinos de las tierras.

Este es, efectivamente, el único objetivo revolucionario digno de los grandes sacrificios necesarios para llevar la revolución á buen término. En su comparación valen muy poco las reformas políticas y las libertades teóricas.

El verdadero objetivo revolucionario, no sólo en Rusia, sino en todas partes, ha de ser la posesión de los instrumentos del trabajo por los trabajadores. La tierra para los campesinos; las minas para los mineros; los talleres y las fábricas para los herreros, carpinteros, tejedores, etc. Cada oficio debe apoderarse de los instrumentos con que trabaja y organizar la producción en beneficio de todos.

A establecer y consolidar esta organización, única manera de asegurar el bienestar de todos, debe tender todo el esfuerzo revolucionario, ahora en Rusia, luego en todos los países.

Confiemos en que los obreros rusos no se dejarán engañar por los *malos pastores*, contentándose con la concesión de los *derechos políticos*, que son en realidad *derechos para los políticos* y nada para el pueblo.

ECOS Y COMENTARIOS

El domingo de Carnaval las Sociedades Obreras de Barcelona celebraron un mitin para tratar de la crisis por qué atraviesa aquella capital y poner de relieve el contraste que hay entre la miseria que sufren los productores por la falta de trabajo y el elevado precio de las subsistencias y el derroche que hacen con motivo del Carnaval los que nada producen.

A la salida del mitin la policía y guardia civil cargaron contra el público que protestaba, atropellando á todo el mundo y haciéndose muchas detenciones, entre ellas las de los compañeros Castellote, Herreros, Pujol y otros.

Las autoridades han abierto proceso con motivo del asunto y hablan de planes terroristas que abrigaban los anarquistas, con lo que es muy fácil se trate de enredar á los referidos compañeros, á los que parece se han propuesto no dejarles en paz ni una corta temporada.

Esperamos tener noticias más concretas, pues lo único que sabemos hasta ahora es por la prensa burguesa.

Aquel cura de Ciudadela, el de los partos de la Catana, el de la conversión de Víctor Hugo, el inventor de la ley que castiga con multa de diez dollars al ciudadano que no va á misa en los Estados Unidos, parece que se ha cansado de batir en hierro frío sobre *El Liberal* y los protestantes, que no le han hecho caso, y ahora vuelve á meterse con nosotros.

Esto nos alegra.

Acabados los entretenimientos del Carnaval, nos amenazaba una cuaresma muy aburrida; pero ese respetable sacerdote se presenta muy á tiempo para divertirnos.

El artículo en que nos alude trata de la gran sabiduría que resplandece en los curas católicos y de la gran armonía que reina entre la razón y la fé. Por nuestra parte le agradecemos mucho la noticia. Precisamente, hace una temporada que no podemos dormir, porque esto de la razón y la fé nos quita el sueño.

En cuanto á la sabiduría y virtud de los señores clérigos, cosa que también nos preocupa muchísimo, desearíamos que se nos contestase á una pregunta: ¿Por qué estas cosas, igual que los milagros, se nos cuentan siempre de tiempos y de lugares lejanos?

Verdaderamente somos desgraciados, pues ni podemos ver un milagro al alcance de nuestra comprobación, ni entre tantos curas como andan por ahí se encuentran esos portentos de virtud y de ciencia á que se refiere el articulista de *El Grano de Arena*.

Al contrario, los curas que la providencia en sus altos juicios ha dispuesto que cuiden de nuestras almas sólo saben escribir artículos achulados, y ayudar á mal parir á la pobre Catana.

La «Escuela Moderna» de Barcelona, se ha encargado de la traducción y publicación de la gran obra *El Hombre y la Tierra*, de Elíseo Reclus, que la Librería Universal, de París, empezará á publicar muy en breve.

Constará la obra de unas 150 entregas, y su publicación durará tres años.

En uno de los próximos números daremos más detalles.

La sociedad de carpinteros «La Mejora» de La Línea (Cádiz) nos participa que la nueva junta directiva la forman los compañeros: Presidente, Cecilio Navarrete; Vicepresidente, Manuel Caba; Tesorero, Antonio Jordán; Secretario del interior, Ricardo Busto; Secretario del exterior, Vicente Amorós; Vocales, Manuel Lara, Francisco Valiente, Adolfo Bera.

Los compañeros y entidades que quieran relacionarse con esta Sociedad deben dirigirse al secretario del exterior.

PAPEL IMPRESO

El último número del *Boletín de la Escuela Moderna*, correspondiente á Febrero, publica el siguiente sumario;

Sobre la Emancipación femenina, Leopoldina Bonnar.—*De la utilidad que puede sacarse del error*, Atomo.—*La Ciencia y la Vida*, Yves Michel.—*Del Lenguaje*, Zaborowski.—*El taraceo y los hombres malos*, Nicolás Estévez.—*La enseñanza y los obreros*.—*Contra las corridas de toros*, F. Ferrer Guardia.—*La Escuela Moderna en España y en el Exterior*.—*Bárbaros y civilizados*, Alberto I, príncipe de Mónaco.—*Conferencias de la Escuela Moderna*.

Administración: Bailén, 56, Barcelona.

CORRESPONDENCIA

Alcira.—F. P. Enviamos medio paquete desde este número.

Lebrija.—J. C. Enviamos los folletos que pides.

Fernán Núñez.—A. L. Enviamos lo que tenemos de «El Botón de fuego». Va paquete desde este número.